

La violencia de la desigualdad

CELIA LESSA KERSTENETZKY¹



Al principio de este año, el país y el mundo acompañaron horrorizados los hechos que ocurrieron en el mayor establecimiento carcelario de América Latina, el complejo del Carandirú en Sao Paulo. Miles de presos se amotinaron tomando de rehenes a más de mil personas, en su mayoría mujeres y niños, familiares que estaban allí por el día de visita. Los brasileños tomaban contacto una vez más con un aspecto repulsivo de su realidad, las cárceles superpobladas y deshumanizantes, habitadas por individuos en su aplastante mayoría pobres, poco instruidos, negros o pardos².

La situación carcelaria es apenas una de las violentas caras de la profunda y persistente desigualdad socio económica. La principal responsable por la situación de pobreza de más de un tercio de los brasileños es la desigualdad social que en Brasil es un fenómeno tan arraigado que gana carácter de "rasgo cultural". El desarrollo económico no revirtió la histórica concentración de riquezas, al contrario, se benefició de ella, produciendo una de las racionalizaciones más irónicas y tristemente famosas de las injusticias sociales: la de que es preciso primero concentrar (crecer) para después distribuir, que es la versión nativa de la teoría del "goteo". El crecimiento nunca se tradujo en justicia social.

Cómo nos vemos

La criminalidad y las crecientes desigualdades son perversos subproductos del reciente movimiento de integración global comercial y financiera, alcanzando indiscriminadamente a todos los países. El recrudescimiento de estos fenómenos puede ser asociado a la reciente integración del país en la economía global³ y poco se ha hecho para neutralizar las razones estructurales de las injustas e históricas desigualdades socioeconómicas.

El ajuste económico, delineado al inicio de los años 90, se fue profundizando por la implementación del Plan Real a partir de 1995. El plan, cuyo objetivo central era contener el proceso inflacionario de hace tiempo instalado en el país, se centraba en la valorización del cambio, permitiendo que las importaciones actuasen como freno a la subida de los precios. De hecho, el proceso inflacionario fue contenido, la estabilidad de la moneda garantizada y, consecuentemente, la renta real de los más pobres se recuperó, y hasta creció de modo de sacar de la pobreza a cerca de 9 millones de brasileños. No obstante, por un lado, el efecto sobre la pobreza, aún significativo, no es, por razones intrínsecas, replicable. Entre 1995 y 1996, el contingente de pobres cayó del 41,7% al 33,9%, pero permaneció en ese peldaño, abarcando a un porcentaje cercano al 34,1% de la población en 1999⁴. Por otro lado, el plan impuso pesados sacrificios sociales a la población: 1,3 millones de puestos de trabajo perdidos en la segunda mitad de los años 90, precariedad e informalización del mercado laboral. Esto revela la insuficiencia de la política económica como política social.

CUADRO 1

Promedio de ingresos mensuales estandarizados, por color y género, como porcentaje de ingresos de los hombres blancos.			
AÑO/GRUPO	HOMBRES NEGROS*	MUJERES BLANCAS	MUJERES NEGRAS*
1987	47	68	33
1990	47	74	35
1995	47	73	38
1998	46	79	40
* Incluye negros y pardos.			

Fuente: Microdatos de las PNADs estandarizados por el IPEA, elaboración de Soares.

Desde el final de 1999, la economía comienza a dar señales de reactivación después de dos décadas de crecimiento mediocre. Además, el país parece conquistar cada vez más la difícil "confianza de los inversores", pues su vulnerabilidad externa declina en el 2000 en virtud del cambio operado en el régimen cambiario. La economía parece, por ahora, estable. Entretanto, la cuestión social es urgente pues, a pesar de ser un país relativamente rico, con una renta per cápita que puede ser envidiada por el 77% de la población mundial, esta renta está repartida en forma extremadamente desigual, lo que explica la existencia de tanta pobreza. Los indicadores de desigualdad siguen obstinadamente elevados: Gini de 0.60 inamovible entre 1977 y 1999. Parece cierto que, si se mantiene intacto el actual pacto social brasileño, serán necesarias muchas décadas de crecimiento económico significativo e ininterrumpido para que todos los brasileños tengan derecho a por lo menos un salario mínimo per cápita⁵ (USD 75,50 aproximadamente).

Tomando como fuentes de ingreso el acceso a la tierra y a la educación, los datos son alarmantes: la concentración histórica de la propiedad rural —el Gini rural era en 1992 igual a 0.8333⁶— somete a los trabajadores rurales a relaciones laborales inestables y de ingreso insuficiente. No es extraño que sean significativos el trabajo infantil en el campo y la gran pobreza rural (58%)⁷.

Mientras el ingreso per cápita habilita a disputar un lugar entre el 23% de los habitantes más ricos del planeta, la escolaridad promedio en Brasil era, en 1998, todavía muy baja, cerca de 5,9 años de estudios cursados. Además, no blancos (pardos y negros), nordestinos y pobres tienen una escolaridad promedio significativamente más baja que los demás. En 1998, un joven nordestino o no

1 Profesora del Departamento de Economía de la UFF, investigadora del Núcleo Interdisciplinario de Estudios sobre Desigualdad – NIED/ Pronex/MCT y del CNPq y consultora del Ibase.

2 La categoría "pardo" incluye personas que se declaran mestizas descendientes de personas negras con personas de otro color.

3 C.L. Kerstenetzky y F.J. Carvalho, "How Far Brazil Has Gotten in Fulfilling the Copenhagen Commitments?", Observatorio de la Ciudadanía, Rio de Janeiro, 2000. Homepage: www.ibase/observatoriocidadania.

4 Cfr. R. Barros, R. Henriques y R. Mendonça, "A estabilidade inaceitável: desigualdade e pobreza no Brasil" (La estabilidad inaceptable: desigualdad y pobreza en Brasil). *Desigualdade e Pobreza no Brasil*. Rio de Janeiro: IPEA, 2000.

5 Según proyecciones, *ceteris paribus*, un crecimiento económico ininterrumpido de 3% a.a. del ingreso per cápita reduciría la pobreza a un valor por debajo del 15% en un período de 25 años! Cfr. Barros, Henriques y Mendonça, *op. cit.*

6 Cfr. S.E.C.S. Cardim, P. Vieira y J.L.R. Viégas, "Análise da Estrutura Fundiária Brasileira" (Análisis de la Estructura Rural Brasileña). NEAD/Núcleo de Estudios Agrícolas y Desarrollo Rural. Homepage: www.nead.org.br.

7 Cfr. *Atlas del Desarrollo Humano*, 1998.

blanco tenía, promedialmente, el 70% de los años de estudio secundario de un joven del Sudeste o de color blanco. Más grave aún es el abismo que separa la esperanza de escolaridad entre los jóvenes pobres y los más favorecidos, teniendo los segundos cerca de tres veces el nivel medio de instrucción de los primeros.

Aunque se experimentó una lenta pero firme expansión educativa y una reducción de desigualdades educacionales a lo largo de las dos últimas décadas, esto no consigue ocultar la mediocridad de los logros⁸. En el caso de las mujeres, la desigualdad las favorece en términos de desempeño educacional y las penaliza en el mercado de trabajo: el ingreso promedio de las mujeres era, en 1998, 79% del ingreso promedio de los hombres⁹.

Las desigualdades raciales

Las desigualdades raciales se destacan como un rasgo de la estructura social brasileña. Importantes desigualdades educacionales separan blancos de no blancos: éstos mantienen en promedio, en dos décadas, un desfase de dos años de estudio con relación a los blancos. Mientras que en el primer año de enseñanza primaria la diferencia de tasas de participación entre blancos y no blancos (pardos y negros) es pequeña, cerca del 2% (1995), ésta aumenta progresivamente en el correr de los años de primaria¹⁰. En la enseñanza superior, el desfase entre blancos y no blancos es especialmente elevado: a pesar de que representan cerca del 45% de la población, los no blancos (negros y pardos) responden por apenas el 15,7% del total de graduados de 18 cursos superiores avalados en el 2000. Las diferencias se agudizan en las carreras de más prestigio social (como Derecho o Medicina), con la presencia casi exclusiva de blancos y orientales¹¹.

Estas desigualdades se reflejan en el mercado laboral: en 1998, el ingreso promedio mensual de los hombres negros y pardos era del 46% del ingreso promedio de los blancos, el de las mujeres negras era todavía más bajo, del 40% del ingreso de los hombres blancos. Al contrario de las mujeres que experimentan una reducción sistemática de la brecha entre sus ingresos y el de los hombres blancos entre 1987 y 1998, los hombres no blancos experimentan una brecha constante de ingresos con relación a los blancos¹².

CUADRO 2

Índice de desarrollo humano ajustado al color, 1998 – total, ingreso per cápita (II), longevidad (IL) y educación (IE)				
	IDH	II	IL	IE
No Blancos	0.680	0.602	0.650	0.787
Blancos	0.796	0.746	0.70	0.893
Brasil	0.747	0.70	0.70	0.840

Fuente: Cuadro elaborado a partir de los IDH, II, IL e IE de los no blancos calculados por Marcelo Paixão. "Desenvolvimento Humano e as Desigualdades Étnicas no Brasil: um retrato de final de século" (Desarrollo Humano y las Desigualdades Étnicas en Brasil: un retrato de final de siglo). *Proposta*, No. 86, setiembre/noviembre. Rio de Janeiro: FASE, 2000; y del Informe de Desarrollo Humano 2000, PNUD.

Ciertamente, gran parte del inferior desempeño de los no blancos se debe a la pobreza, pues la mayoría de los pobres brasileños son negros o pardos, revelando que la desigualdad económica es una parte significativa en las desigualdades raciales. Pero, ante el rendimiento educativo relativamente peor

de esta subpoblación al interior de todos los grupos de ingreso, se torna crucial la adopción de una perspectiva de raza en las definiciones de los parámetros de una política social distributiva. Además, la discriminación racial se torna más visible conforme se asciende en la escala de ingresos, revelando la presencia de un inaceptable bloqueo a la movilidad social de los negros y pardos: los hombres no blancos más ricos tienen una diferencia de ingresos, en relación a los blancos, fuertemente influenciada por la discriminación en el mercado de trabajo.

Pobreza y color se encuentran muy arraigados y el alto grado de mestizaje enseguida transforma al pobre en negro y al rico en blanco, mientras que la mayoría de los no blancos declaran ser "pardos" (mestizos). Una investigación reciente de la Universidad de Sao Paulo revela que el brasileño tiene prejuicio de tener prejuicios: el 99% de los entrevistados dijeron no tener prejuicio de color, pero el 98% declararon conocer a alguien que lo tenía. El énfasis de las acciones y las posturas de los movimientos sociales han recaído, coherentemente, sobre el desbloqueo de la movilidad social para estos grupos, o sea, en la dirección de un nuevo arreglo institucional donde el acceso a las oportunidades de realización sean independientes al color.

Pobreza o desigualdad

Pese a la miriada de programas sociales existentes, la sensibilidad oficial ante las desigualdades es todavía pequeña en el sentido de elegir las como prioridad absoluta e innegociable. Reiteradamente, el propio presidente ha afirmado que su gobierno no es el culpable por 500 años de injusticias sociales, además de reconocer la dificultad de ecuacionar una redistribución de riquezas en el país.

Esta postura se ha reflejado en un desvío de la atención del gobierno hacia la pobreza. Así, parlamentarios de la coalición de gobierno llegaron a un acuerdo con la oposición y obtuvieron la aprobación para la creación de un Fondo de Combate a la Pobreza. Están previstos USD 5,5 mil millones en inversiones sociales. El impacto de estas inversiones puede llegar a ser significativo, sobre todo en los cerca de 3.000 municipios de los 14 estados de IDH más bajo, especialmente en la reducción del trabajo infantil, en la universalización de la enseñanza básica, y en el alivio de las situaciones de pobreza extrema.

No obstante, la modificación del cuadro de los indicadores sociales requiere políticas públicas de mayor impacto y coherencia, generadas no exclusivamente por el imperativo de la emergencia, sino también y principalmente por un real entendimiento de los factores determinantes de la pobreza. El actual gobierno resolvió que parte del ajuste fiscal acordado con el FMI se pague a través de recortes en el área social. Por otro lado, falta voluntad para discutir otra vez el pacto social e implementar políticas redistributivas en profundidad: la reforma agraria todavía camina lentamente frente al contingente de cerca de 5 millones de familias de trabajadores rurales sin tierra, la expansión educacional ha dependido de una evolución lenta e inerte de la estructura social,¹³ y la reforma tributaria está marcada por el principio de responsabilidad fiscal del recetario del FMI, insensible a la extremadamente regresiva estructura tributaria del país.

En síntesis, el economicismo que contaminó la agenda social del país, dando énfasis al principio de la eficiencia y minimizando el imperativo de la equidad en la gestión del gasto social, es, en realidad, parte integrante de una reflexionada agenda política, basada en dos creencias dogmáticas: 1) sólo hay una manera de integración del país al mundo globalizado, lo que reduce significativamente la autonomía de decisión; 2) el pacto social implícito, que, entre otras cosas, define la distribución de los costos del ajuste económico, no puede ser esencialmente modificado. La violencia de la desigualdad es tan grande que su visión impacta. ■

Instituto Brasileiro de Análises Sociais e Econômicas (IBASE)
(Instituto Brasileño de Análisis Sociales y Económicas)
<observatorio@ibase.org.br>

8 Silva y Hasenbalg, "Tendências da Desigualdade Educacional no Brasil" (Tendencias de la Desigualdad Educacional en Brasil). *Dados*, 43(3), Rio de Janeiro, 2000.

9 Cfr. S.S.D. Soares, "O Perfil da Discriminação no Mercado de Trabalho - Homens Negros, Mulheres Brancas e Mulheres Negras" (El Perfil de la Discriminación en el Mercado de Trabajo - Hombres Negros, Mujeres Blancas y Mujeres Negras). *Texto para Discussão*, No. 769. Brasília: IPEA, noviembre de 2000.

10 Cfr. Ruben Klein, "Indicadores Educacionais para Subpopulações Caracterizadas pela Cor" (Indicadores Educativos para Subpoblaciones Caracterizadas por el Color). *Ensaio*, Rio de Janeiro: Fundação Cesgranrio, Vol. 5, pp. 495-514, 1998.

11 Cfr. El diario "A Folha de Sao Paulo", de 11 de febrero del 2001. Homepage: <http://www.uol.com.br/fsp/cotidian/images/saopaul.gif>

12 Cfr. Soares, *op. cit.*

13 Cerca del 60% de esta expansión en las últimas dos décadas, se debe a cambios en el mismo organismo como urbanización y transición demográfica, y apenas el 40% a la expansión del sistema educativo.